

que respecto de la forma en conjunto o en detalle padezca. Por el contrario no merece en razón ser tenido en cuenta, si no es apto para lograr tan alto fin, aunque sea rico en todo lo demás que solo sirva para entretener la mirada y complacer al sentido. Esta sola expresión de la Escuela de Siena es bastante para explicar cumplidamente la finalidad principal del arte. «Nuestra vocación y destino, dice el estatuto de la escuela de pintores, es publicar las maravillas de la fe a las almas que no saben leer de otro modo» y en conformidad con este principio, Fra Angélico, llamaba—meditar en el Salvador—al ejercicio de la pintura.

Lo mismo puede decirse de la música, que en todo tiempo formó parte principalísima del culto: que es de todas las artes la más apta y dispuesta a transmitir torrentes de emoción a los pechos conmovidos por la gracia del cielo; con sus armoniosas melodías, impregnadas de la sublime esencia cristiana, infunde ternuras, esperanzas, resignación, terrores, y acompaña muy de cerca a la voz viva y penetrante de la plegaria y de la liturgia. Hoy, es esta música opulenta y rica en tecnicismo, y complicada mil veces más que aquella otra, que en la antigüedad cristiana, con elementos simplísimos, tenía bastante para obrar los más grandes

